

# NO TORTA DE FRUTA PARA MI

Por *Moeita Burch*

NORBERTO se detuvo junto a las cestitas llenas de fresas que había en la esquina del mercado. Parecían deliciosas. Ese año todavía no las había probado.

- ¿Cuánto cuestan las fresas? -preguntó al empleado.

-Veinticinco centavos la cestita -replicó aquél.

"Oh, qué baratas -pensó Norberto-. Pero no tengo los veinticinco centavos, y mamá me dio el dinero exacto para comprar las aceitunas. Cómo me gustaría llevar a casa una cestita y darle una sorpresa a mamá".

En ese momento llegó a la caja una señora con un pan y una planta de lechuga. Mientras buscaba en su cartera para encontrar el dinero, se le cayó al suelo una moneda de veinticinco centavos que rodó hasta donde estaba Norberto. La moneda se detuvo justo frente a los pies de Norberto y éste rápidamente le puso el pie encima.

La mujer miró por todas partes buscando la moneda. "¿Dónde se fue?" preguntó. Norberto no se movió pero miró hacia los lados haciendo como que buscaba la moneda. Y hasta se agachó mirando en todas direcciones.

"Debe haber rodado para afuera" -dijo la mujer. Dos muchachitos salieron corriendo y miraron por todas partes, pero, naturalmente, no encontraron nada.

"Lo siento -dijo la mujer-. Ahora no tendré suficiente dinero para pagar. Tendré que hacer un cheque".

Mientras la mujer escribía el cheque, Norberto no se movió ni dijo una sola palabra. Después que la mujer hubo pagado sus mercancías y se hubo ido, él se agachó y rápidamente recogió la moneda. Se la puso en el bolsillo y fue a buscar las aceitunas. Luego se dirigió a las fresas y eligió una cestita. Tenía suficiente dinero para pagar ambas cosas.

Al salir del mercado, Norberto vio a la mujer que había perdido el dinero. Caminaba lentamente por la calle. "Me pregunto si ella realmente necesitaba ese dinero -pensó-. Estoy seguro que no lo necesitaba porque hizo un cheque por las cosas que compró. No habría podido escribir un cheque si no hubiera tenido dinero en el banco. Yo necesitaba ese dinero más que ella".

En camino a su casa, Norberto pensó en cuán sorprendida estaría la mamá cuando viera las fresas.

-¿Cómo te las arreglaste para comprar fresas cuando te di el dinero exacto para comprar aceitunas? -preguntó la madre cuando miró dentro de la bolsa del mercado.

-Es que encontré veinticinco centavos en el suelo del mercado -respondió él.

-¿Pero no le preguntaste al empleado si alguien había perdido dinero? No está bien guardarse cosas que uno encuentra a menos que sea imposible hallar al dueño -dijo la madre.

-Hay tanta gente en ese mercado todo el día -arguyó Norberto-. Cualquiera puede dejar caer una moneda.

-¿Había mucha gente en el mercado cuando estabas allí? -preguntó la mamá.

-No -respondió Norberto-. Había dos muchachitos, pero no compraron nada. Había una mujer pero ella escribió un cheque para pagar lo que compró. El empleado le dio cambio y ella lo puso en su cartera. Ella no dejó caer el cambio.

Norberto no mencionó por qué la mujer había extendido el cheque.

De repente Norberto no se sintió muy bien. Había tergiversado muchas cosas para evitar decir una mentira. "¿Pero no es eso también mentir? -pensó-. Yo estaba representando una mentira y eso es tan malo como decirla".



Recordó entonces el versículo de Proverbios que había aprendido en la escuela sabática. Ese pasaje dice: "Los labios mentirosos son abominación a Jehová". Además era ladrón. Había quebrantado el mandamiento que dice: "No hurtarás".

Norberto se sintió cada vez peor. A la hora de cenar comió poco porque parecía que la comida lo ahogaba. Cuando para el postre la madre trajo una torta de fresas con crema batida, él había hecho su resolución.

-Mamá, yo no quiero torta de fruta -dijo.

-¿Qué? ¿No quieres nada de fresas con crema? -preguntó la mamá-.

Entonces, ¿por qué trajiste las fresas? Pensé que deseabas comer torta de fruta.

-Deseaba hacerlo, pero no puedo comerla -dijo Norberto pesaroso-. Mamá, tengo que decirte algo.

-Está bien, Norberto -dijo ella.

Después de lavar los platos y arreglar todas las cosas la madre llamó a Norberto y salieron al porche donde se sentaron en la mecedora. La madre puso su brazo alrededor de Norberto.

-Ahora, ¿qué tienes que decirme, hijo?

Entonces Norberto le contó todo lo que había hecho y cuánto lo sentía.

-¿Cómo podré descubrir jamás quién era esa mujer? -preguntó-. Quiero darle una moneda de veinticinco centavos, pero no la conozco.

-Evidentemente el empleado del mercado la conoce pues le recibió el cheque -dijo la mamá-. El no recibiría un cheque de un extraño.

-Ahora el mercado ya cerró, pero, ¿puedo ir mañana tan pronto como se abra? -preguntó Norberto.

-Sí -dijo la madre-, pero antes de eso hay alguien con quien necesitas conversar.

-Lo haré, mamá -dijo Norberto.

En eso el padre salió al porche.

-Hiciste tan buen trabajo rastrillando las hojas del jardín, Norberto, que te daré veinticinco centavos.

-Gracias, papá. Realmente los necesito.

Norberto miró a su madre y ambos sonrieron.

Al día siguiente de mañana, Norberto se apresuró a ir al mercado. Encontró al empleado que lo había atendido.

-¿Podría Ud. decirme quién era la señora que le pagó ayer de tarde con un cheque? Había perdido el cambio y tuvo que hacer un cheque para pagar. ¿Recuerda?

-Sí, recuerdo -dijo el empleado-. Fue la Sra. Gibson.

-¿Sabe Ud. dónde vive?

-No, no sé -respondió el hombre.

-¿Viene ella a menudo al mercado? -preguntó Norberto.

-Sí, cada pocos días. ¿Por qué?

-Porque quiero devolverle su moneda de veinticinco centavos -dijo valientemente Norberto-. Cuando se le cayó al suelo yo la cubrí con el pie. ¿Podría dársela y decirle que lo siento?

-Lo haré con mucho gusto. Se sentirá feliz de saber que eres un muchacho honrado.

-No lo fui entonces, pero ahora lo soy -dijo Norberto.